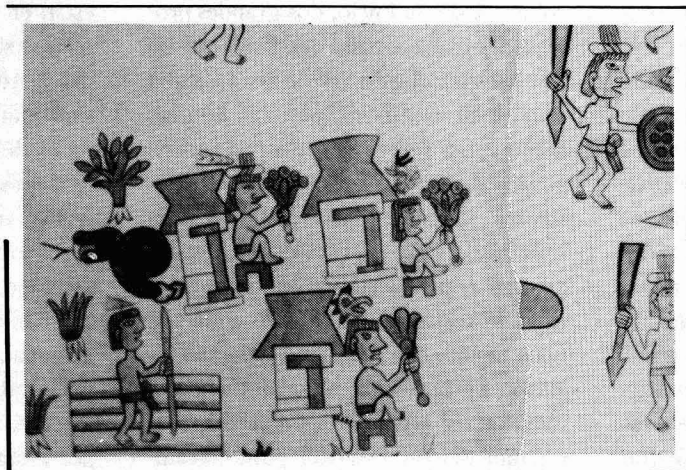


El pasado indígena en el ámbito de las Humanidades



Hablar de Humanidades, es decir, del grupo de disciplinas que centran su atención en el hombre, o que están dirigidas a la comprensión y la formación general del hombre, nos remite a las múltiples significaciones y posibilidades del humanismo en nuestros días, que son distintas de aquellas que plantearon los hombres del Renacimiento y otros humanistas desde entonces. Hoy el humanismo no es ya sólo la vuelta a los clásicos griegos y romanos, vistos como un tipo ideal de humanidad, ni el cultivo y conocimiento de las “letras humanas” (literatura, historia y filosofía), frente a las “letras divinas” (teología), sino qué ha tomado muy diversos derroteros.

El humanismo renacentista surgió como un esfuerzo por rescatar la dignidad del espíritu humano frente a los valores de la escolástica, estableciendo un diálogo con los grandes antepasados de la civilización occidental, los griegos y los romanos, que afirmaron el valor del hombre por sí mismo, en su vida sobre la tierra. No entraremos aquí, por supuesto, a lo que significó y desencadenó ese movimiento humanista de recuperación del pasado y esa reubicación del hombre en el mundo, pero sí queremos señalar que a lo largo de los siglos se ha generado otra deshumanización, la del mundo actual, por lo que en nuestro momento parece necesario un nuevo planteamiento del sitio y la función del hombre en el mundo.

Entre otras muchas cosas, humanismo significa cualquier tipo de pensamiento que reconoce el valor y la dignidad del hombre, concebido como una unidad espíritu-corporal, y que intenta entenderlo y ubicarlo, para propiciar el desarrollo de lo más verdaderamente humano: sus fuerzas creadoras,

su libertad, su razón, dentro del ámbito de su propio mundo, que es el de la naturaleza y la historia.

Esta significación de humanismo es la que aquí nos interesa destacar, porque tenemos la convicción de que cuando el hombre rompe sus relaciones con la naturaleza y con el pasado, es decir, se sale de su contexto sincrónico y diacrónico, como le ha ocurrido al hombre moderno “civilizado” del mundo occidental (y a los orientales que han adoptado ideas occidentales), pierde la dimensión y la definición de sí mismo. Cuando se debilita la conciencia histórica y se cambia la disposición de admiración y de respeto ante el mundo natural por una disposición de dominio y explotación, el hombre enajena una de las dimensiones más profundas de su propio ser, y entonces no sólo pierde su sitio en el universo, sino que destruye su mundo.

Las tendencias a romper con el pasado, el deterioro profundo de la conciencia histórica, contraría todo humanismo, pues la conciencia histórica es la que conforma el ser del hombre y le da su sentido, y a la vez es la que mantiene la identidad de cada hombre como individuo y de cada comunidad como tal, integrando al presente todo el transcurrir pasado y proyectando al futuro una herencia significativa. Porque una cabal conciencia histórica no anula las diferencias culturales, sino que más bien las destaca, al tiempo que eleva cada creación humana al rango de legado universal.

Así, la conciencia de que el pasado ilumina el presente y permite comprenderlo, pero no sólo el pasado en general de la humanidad, sino fundamentalmente el de la comunidad

a la que se pertenece, es desde nuestra perspectiva una de las principales posibilidades actuales de rehumanización. Como aquellos humanistas del Renacimiento, podemos encontrar en el diálogo con nuestros propios antepasados algunos valores humanos que sean significativos para el mundo actual. Y precisamente por ello, los estudios sobre el mundo prehispánico, que constituye una parte de nuestro pasado, ocupan un sitio esencial en las disciplinas humanísticas de México, pues los indígenas mesoamericanos nos dan ejemplos notables de humanismo en su arte plástico, su literatura, su propia conciencia histórica y sus conceptos sobre la relación del hombre con la naturaleza. Ellos tal vez puedan ayudarnos a revitalizar el humanismo, tan deteriorado en nuestros días.

Los pensadores prehispánicos lograron un conocimiento profundo del ser humano, que nos permite hablar de un humanismo indígena. Concebían al hombre como un ser que nace con capacidades que pueden o no desarrollarse, de acuerdo con la educación y con el manejo libre de los propios condicionamientos, impuestos por los dioses según el día del nacimiento. Por otra parte, encontraban el sentido de su vida en su pasado, y sabían que la liga con la naturaleza es un hecho que no sólo permite el hombre situarse en el mundo, sino existir.

Ahora bien, ese humanismo indígena, que consiste en explicar al hombre como un ser *sui generis*, inserto en el devenir y formando un todo con la naturaleza, se ubica dentro del ámbito de la religión, porque los hombres mesoamericanos siempre vivieron inmersos en una concepción religiosa del mundo y de la vida.

Perecería que humanismo se contraponen a religión, ya que el humanismo renacentista implicó un movimiento de liberación de los dogmas religiosos de la teología medieval. Pero desde nuestras perspectivas actuales de conocimiento histórico, filosófico, fenomenológico y psicológico de la religión (al margen de la fe, que es asunto individual), podemos hablar de humanismos religiosos o de religiones humanistas, porque las distintas teorías acerca de la religión consideran que ésta es cualquier expresión humana de la vivencia de lo sagrado. Según dicha postura, la religión no es una verdad revelada, sino lo que el hombre manifiesta de su experiencia de lo divino, dentro del marco de su comunidad cultural. Por ello, cada pueblo tendrá su propia religión, acorde con las particularidades de su cultura y con su momento histórico, lo cual implica que las religiones son muchas y son históricas; incluso las religiones positivas, que han trascendido los límites espaciales y temporales del pueblo que las creó, se modifican al ritmo del devenir.

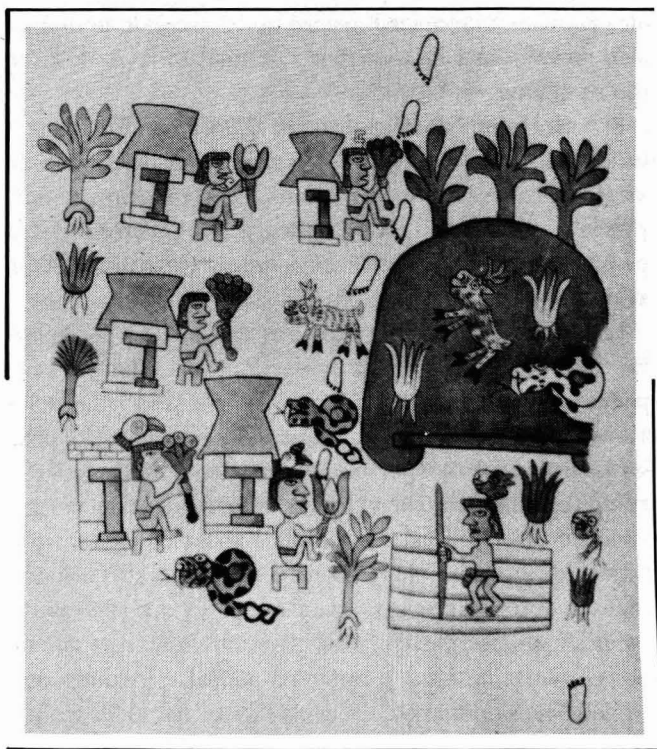
Así, una religión que no anule al hombre frente a lo divino, sino que lo conciba como el ser principal del universo, puede ser llamada religión humanista. Tal es el caso de las religiones prehispánicas, que son humanistas en tanto que ponen en el hombre el eje de la dinámica del cosmos íntegro. Los indígenas pensaron un mundo integrado por dioses, hombres, astros, animales, plantas, piedras, montañas, relámpagos, fuego, vientos... que constituyen un todo armónico y vital en el que cada ser tiene su sitio y su función. El hombre forma parte de la naturaleza; como ella, fue creado por los dio-

ses, pero en su cuerpo se integran una sustancia vegetal: el maíz, y una sustancia animal: la sangre de la serpiente y del tapir, ambas sagradas. Este carácter divino en la materia del hombre da a su espíritu algo que la naturaleza no tiene, la conciencia, que lo convierte en el único ser responsable: su función es venerar y alimentar a los dioses, sobre todo con su propia sangre, para que ellos, por su parte, sigan manteniendo la vida del universo. Todo ello se desenvuelve aquí en la vida terrenal, considerada como la vida verdadera; aquí, en el cumplimiento de esa misión, se realiza la humanidad, aunque tras la muerte, el espíritu inmortal del hombre sigue sirviendo a los dioses.

Así, en tanto que el hombre es el ser de quien depende la existencia del cosmos; en tanto que es el centro y el motor de todo cuanto existe, se puede hablar de humanismo indígena.

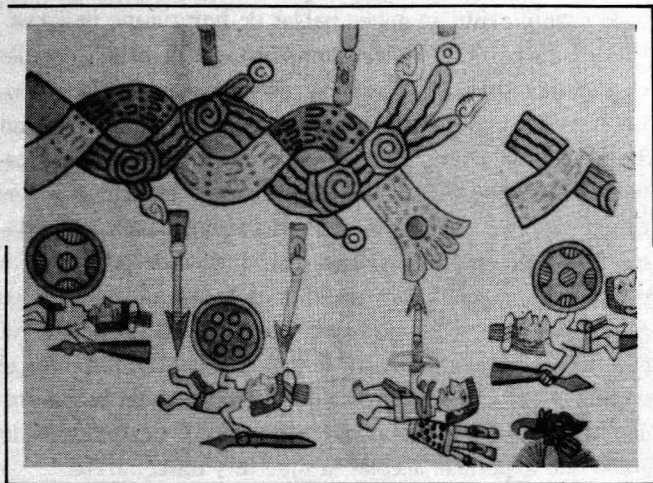
Por otra parte, el indígena prehispánico tuvo una notable conciencia histórica, que se apoya en sus ideas sobre la temporalidad. Los mayas y los nahuas, en particular, tuvieron un agudo sentido del cambio, que los llevó a crear la historiografía, así como artes de gran calidad y desarrolladas ciencias. Los nahuas, además, reflexionaron sobre el cambio, sobre la caducidad y la muerte del hombre, apartándose de las creencias religiosas, y compusieron cantos y poemas que pueden ser considerados como un pensamiento filosófico incipiente, ya que llegaron a la conclusión de que el hombre encuentra el sentido de su vida en su propia obra creadora y en la comunidad interhumana, mientras vive aquí sobre la tierra. Eso es lo único que le permite aceptar la muerte y trascenderla.

Los mayas, por su parte, enfrentaron la temporalidad creando notables conocimientos "científicos": una matemática, una astronomía y una cronología que les permitieron manejar el devenir para programar su vida material y su propia historia. Con base en la idea de que el tiempo es cíclico, y de que en cada ciclo se producen múltiples y cambiantes



influencias divinas, los mayas se afanaron por registrar todo acontecimiento para anticipar el futuro. Pero no se trataba sólo de saber fatalistamente qué traería la carga del destino, sino que creyeron que con su acción ritual podían modificarlo. Este fue uno de los principales objetivos de la historiografía maya; otro fue mostrar al pueblo una imagen del hombre ideal, el "hombre verdadero" (*halach uinic*), que gobierna sobre los demás porque ha logrado realizar al vínculo directo con las fuerzas divinas a través de estrictas disciplinas ascéticas y del estudio de los astros y de la historia.

Las creaciones mayas nos muestran, de este modo, una idea del hombre como aquel que puede conocer y manejar su destino, como aquel que puede modelar su futuro, con base en el



pasado. El hombre es un ser diferenciado, pero su tiempo propio, que es la historia, se rige por las mismas leyes que el tiempo de los astros, de los animales, de las plantas, con la única diferencia de que el hombre se da cuenta de ello y puede modificar con su acción ritual las influencias sagradas. Esta liga del pasado, el presente y el futuro constituye una idea diacrónica de unidad: unidad de los tiempos; pero también tuvieron una idea sincrónica de unidad: la del hombre con su mundo.

El indígena prehispánico tuvo una actitud peculiar frente a la naturaleza, considerada como escenario y manifestación de los seres divinos. Se concibió distinto a ella, pero no superior, y se vivió integrado a todos los demás seres. Por eso nunca pensó que el hombre es el amo que puede explotar a la naturaleza.

Los seres naturales, principalmente las plantas y los animales, tuvieron para el indígena un espíritu y una voluntad semejantes a las del hombre. Fueron símbolos asociados a los astros. Los fenómenos meteorológicos, los elementos, los niveles cósmicos, el tiempo, las energías vitales y la muerte. Fueron epifanías de los dioses y a la vez parte del alimento que los hombres les ofrecían. Fueron alimento de los hombres, por decreto divino, pero nunca objeto de violencia: sólo mataban animales y cortaban plantas para comer y para alimentar a los dioses en los ritos. Por ello, hasta hoy, cada vez que un indígena corta un árbol o caza a un animal, hace antes ritos para obtener el permiso de la deidad protectora de la naturaleza y pide perdón a los seres que va a sacrificar.

Las plantas más ligadas al hombre son el maíz, que, como dijimos, constituye la materia de la que fue hecho el cuerpo humano y, por ello, su principal alimento; las que curan sus enfermedades, y las psicoactivas, que lo transportan a los ámbitos divinos y le permiten vivir experiencias que en el estado común de vigilia son imposibles.

Y los animales se relacionan con los hombres de múltiples maneras, incluso consubstancialmente, ya que una parte del espíritu de cada ser humano reside en un animal silvestre. Esa parte es irracional, impulsiva y mortal; pertenece, por eso al ámbito de la naturaleza salvaje, opuesta al mundo ordenado de los pueblos y los campos cultivados. En cambio, la parte del espíritu que reside en el hombre es racional, consciente e inmortal; pertenece al mundo humanizado. Así, se establece una dualidad en el espíritu, la cual constituye otra peculiaridad del hombre respecto del mundo; pero a la vez esa dualidad es una unidad, ya que ambos espíritus son materiales como el cuerpo: se conciben como materias tan sutiles que no se captan con los sentidos. El *alter ego* animal, sin embargo, no vive como los demás animales salvajes, sino protegido y custodiado por los antepasados divinos y los dioses, en corrales que se encuentran en las montañas sagradas. Si el *alter ego* se escapa y se pierde o es atacado por otro animal, el hombre enferma de "pérdida del alma", e incluso puede morir. Cuando esto ocurre, los chamanes hacen ritos de "recuperación del alma" para que el animal vuelva al corral, lo que significa que el espíritu irracional queda nuevamente resguardado y el hombre puede volver a integrarse a su labor dentro de la comunidad. Ello expresa la idea indígena de que los impulsos instintivos e irracionales del hombre han de ser controlados para que éste pueda vivir en sociedad.

Esta creencia, de la que tenemos bastante información porque está aún viva en múltiples comunidades indígenas, puede además considerarse como la más profunda conciliación entre el hombre y la naturaleza, pues el tener una parte del espíritu en el mundo silvestre, no dominado por el hombre, es una forma de participación en ese mundo que sólo permite al hombre servirse de la naturaleza para sobrevivir.

En síntesis, el hombre prehispánico no se sintió superior a la naturaleza, pero se supo consciente y se hizo responsable de la existencia y la armonía del cosmos. Por ese sitio principal del hombre en el mundo, podemos considerarlo como un humanista, pero se trata de un humanismo que no se opone a lo divino, sino que lo integra, porque está inserto en una religión vitalista, no trascendental. Y la verdadera esencia del humanismo indígena está en que la conciencia de sí mismo y de sus capacidades transformadoras no ha hecho al hombre un ser soberbio ni lo ha llevado a la ruptura con su mundo.

El pensamiento indígena, donde no hay "reinos" separados y ajenos, sino una unidad de seres diversos; donde el hombre no es "la medida de todas las cosas", sino el responsable de ellas; donde no se vive un presente sin pasado y, por tanto, sin futuro, es testimonio de que sólo se logra un verdadero humanismo si el hombre se integra con su historia y con su mundo. Esta es una alternativa vital que, a diferencia de otras, no lleva al hombre a la destrucción de la naturaleza y con ello, a la destrucción de sí mismo. ♦